

NAMIK DOKLE

LAS HIJAS DE LA NIEBLA

TRADUCCIÓN DE
MARÍA ROCES GONZÁLEZ

2Sicilias
Reino Editorial



2Sicilias Reino Editorial es un sello de calidad en la edición compartida, un ecosistema de trabajo que pone a disposición de escritores, traductores, ilustradores, editores y creadores en general una plataforma para dar cabida a toda clase de proyectos editoriales.

Título de la edición original: *Vajzat e mjegullës* (2015)

Autor: Namik Dokle

Traductora: María Rocés González

Imagen de cubierta:

© De la edición original: Namik Dokle por acuerdo con Toena, 2015

© Del texto: Namik Dokle, 2015

© De la traducción: María Rocés González, 2022

© De la presente edición: 2Sicilias Reino Editorial, 2022

© Copyright

No se permite la reproducción íntegra o demediada de este libro por medios físicos, ni la puesta a disposición de su contenido por medios digitales, si los fines perseguidos son comerciales u onerosos. En el resto de casos, pueden contactar escribiendo a la siguiente dirección:

2Siciliasred@gmail.com

ISBN: 978-84-125482-0-4

Depósito legal: AL 3196-2022

THEMA: FBA

Impreso en España en papel libre de cloro (tratado bajo ECF) y con certificaciones FSC y/o PEFC, que garantizan que su materia prima principal proviene de bosques gestionados de manera sostenible.

TASA

Yo, Thomas de Quincey-Jones, escribano de Cámara del Consejo del Reino de las Dos Sicilias, doy fe que, el libro compuesto por Namik Dokle, intitulado *Las hijas de la niebla*, impreso con licencia, fue tasado conforme a ley, con el cómputo entero de sus páginas, y del total de su precio se llevará el autor las regalías que le correspondiesen conforme a ley. Doy esta fe.

Thomas de Quincey-Jones

FE DE ERRATAS

Visto este libro intitulado *Las hijas de la niebla*, compuesto por Namik Dokle, no hay en él cosa digna de notar que no responda a su original. Doy esta fe.

El licenciado Lin Shu

APROBACIÓN

Visto el presente libro por comisión del Consejo, digo que no contiene cosa peor que las que hoy emborronan el mundo. Se puede dar licencia para su impresión.

Doctor Yehúdah ben Çaidón

PRIVILEGIO

Es de justicia que, en cumplimiento de su petición, demos licencia y facultad para que por tiempo ilimitado y hasta fin de existencias, su autor, o la persona para ello autorizada, pueda imprimir y vender el libro *Las hijas de la niebla*, constituyendo la violación de estos derechos delito contra la propiedad intelectual.

Por mandato del Reino de las Dos Sicilias:

Álvaro de Trivaldos

*A madre,
por encima de todo.*

*Jesene mëgle panale
Putnicam putoj kazhujetⁱ...*

*Ranë mjegullat e vjeshtës,
Udhëtarëve udhët u tregojnëⁱⁱ...*

Caen las nieblas de otoño,
a los viajeros las sendas marcan...

CANCIÓN DE GORA

ⁱ *Gorançe* (gorano): lengua de la comarca de Gora, variante dialectal del eslavo balcánico trufada de palabras del albanés y el turco. Lengua oral y no escrita que, cuando se escribe, utiliza los caracteres del albanés. La comarca de Gora, a ambos lados de la antigua frontera albano-yugoslava, está hoy desmembrada en tres Estados: Albania, Kosova y Macedonia [N. de la T.].

ⁱⁱ En el original, traducción al albanés de los dos versos en gorano [N. de la T.].

Aún hoy, pasados cincuenta y siete años, me sigue sobresaltando aquel salvaje gruñido, doliente y vengativo, que hendió la noche en dos y aunó cielo y tierra. Las estrellas se apagaron de repente y yo me encontré perdido en la oscuridad, temblando ante algo que iba más allá del terror. Me hallaba inmerso en un sueño tan extraño aquella fría mañana de invierno, cuando el día aún temía abrir sus ojos, que me hacía tiritar a pesar de encontrarme junto a una enorme hoguera. Agarraba las llamas con ambas manos, me aproximaba, pero cuanto más lo hacía, más me helaba. Me introduje por entero entre las llamas y de nuevo nada, frío... frío. En el instante en que me zambullí en el fuego helado, escuché un gruñido que a saber de dónde provenía, si de la tierra o del cielo. Salí entonces al *kjostër* o recibidor, justo en el momento en que empavorecidas por el desgarrador alarido se apagaron todas las estrellas, temblando de pies a cabeza y sin comprender adónde había ido a parar la puerta de la habitación. «¡Métete dentro, rápido!», me gritó padre, arrastrándome como si fuera un costal de yerba recién segada. Madre me arrojó en la cama con mimo, pero no se me iba la tiritona, que me sacudía el cuerpo entero y pecho adentro. «¿Qué fue

eso?», preguntó madre. «Las osas —dijo padre—. Gimen por su madre muerta... le caerá alguna desgracia a esta aldea por matar a la osa».

Estas palabras me asustaron incluso más que los alaridos de las oseznas huérfanas. Ahora se habían callado, o quizás se hubieran internado en lo más profundo del hayedo, pero su gruñido aún seguía dentro de mí y, no sé por qué, sentía como si mis globos oculares fueran a saltar de sus órbitas para estrellarse contra el suelo. Padre agarró las tijeras de esquilar a las ovejas y salió a medio vestir de casa. Tomé a madre de las manos y no me atreví a soltárselas hasta que padre volvió. Le entregó a madre algo diminuto y negro como el dedo de un recién nacido y con voz ronca le dijo:

—Haz un amuleto con esto.

—¿Qué es, qué es eso?

—Uña de osa —dijo padre—. Cósela en un trapo y préndesela a la chaquetilla. Ahuyentará el miedo a la osa. Por eso era la última uña que le quedaba, pues los demás se echaron a temblar antes que nosotros y ya se las habían arrancado antes.

—¿Todavía sigue allí? —preguntó madre.

—Allí sigue. Pero hoy se la llevarán, ha comenzado a oler.

A la osa la habían matado los guardafronteras tres días antes. En la plaza de la Mezquita Quemada habían alzado una tarima con troncos de haya para tenderla sobre ella. Y la aldea entera

salió corriendo a verla. Bastantes mujeres, con la prisa, hasta se habían olvidado de echarse encima el ropón negro. Después vinieron también de los otros barrios, y al día siguiente hasta de las aldeas vecinas. Yo me acerqué varias veces y se me quedaron grabadas en la retina las negras pezuñas y los ojos glaciales, que no tenían el blanco como lo tienen los ojos humanos. Los que iban llegando no decían nada, balanceaban la cabeza pensativos y se marchaban; quizá también ellos pensarán que la muerte de la osa traería la desgracia a nuestra aldea. «¿Quién la mató? ¿Dónde la mataron?», preguntaban. Y cualquiera de los que tuvieran a su lado les respondía con parquedad: «En la frontera».

Los soldados que le habían disparado se quedaron allí unas horas, pero solo el primer día, cuando la arrastraron con la ayuda de un caballo hasta el centro de la aldea. Al segundo día ni las mujeres ni las mozas fueron a por agua a la fuente de Topillo, el caño con la mejor agua del pueblo, que manaba a pocos pasos de la tarima de la víctima. Un compañero mío agarró una piedra de las ruinas de la Mezquita Quemada y se la lanzó a la osa. Pero uno de los hombres se agachó a por la piedra que había golpeado las patas traseras del animal. «No se apunta ni se tira con las piedras de la mezquita», dijo enarcando las cejas, y la depositó de nuevo entre el montón de escombros.

El gruñido de las oseznas huérfanas solo se oyó a la tercera noche. «Quizá hayan sentido ahora

el olor de la madre», dijo madre sin mirarnos ni a mí ni a padre. Puso otra vez mimo en cubrirme los hombros y, con voz cansada, me dijo que me despertaría para que fuera al molino. «No queda ni un dedo de harina», se disculpó. El alarido de las oseznas continuó hasta el alba de aquel nublado y gélido día.

2

Hasta yo sabía que no quedaba harina en la artesa y que nos veríamos obligados a comer, como se suele decir, *bërcakë* y *bëltanca*, o lo que es lo mismo, calabazas verdes y restos de calabaza. Un día antes, padre me había enviado a Orgosta, a casa de Mursel, sin ninguna explicación y sin encargarme nada. «Ve y pregunta dónde está su casa». Solo eso. Era la primera vez que iba a esa aldea, a orillas del río que baja de Kosova desde algún rincón de los Montes de Sharr. Empecé a sentir miedo al penetrar en el bosque y me puse a cantar a voz en cuello para acallar el runrún de mal agüero del hayedo. No oía ni el aullido del lobo ni el gruñido de la osa, pero unas cuantas veces se me paró el corazón con los brincos que daban los conejos al saltar de un lado a otro del camino.

—Los conejos me cortaron el paso, son un fastidio —le dije a Mursel cuando encontré su casa.

—No, no tengas miedo, el conejo es ágil y no fastidioso.

No me preguntó a qué había ido a su casa. «Me envió padre», le dije, pero él no respondió, echó unos cuantos troncos a la chimenea y me dijo que me acercara. El resplandor de las brasas derretió mi miedo. «Has tiritado más de miedo que de frío invernal», me dijo. Ignoro cuánto tiempo continué calentándome y cuántas veces me pregunté a mí mismo qué hacía allí. Mursel, un hombre tranquilo, barbicorto, con una lágrima permanente en la comisura de los ojos por el humo de la chimenea, entraba y salía, pronunciaba a duras penas unas cuantas palabras y succionaba su chibuquí. Y entonces, cuando menos lo esperaba, entró en la sala una de las nueras de la casa, una guapa mujeron, que me colocó el ataifor junto a las piernas. Salió y volvió con una bandeja de tortas hojaldradas de maíz, que despedía el aromático vapor de la col encurtida. «Comeremos ahora tú y yo, pues los demás están trabajando», dijo Mursel acercándose al ataifor. «Por eso me ha mandado aquí padre», pensé. Hacía días que nuestra casa era presa del hambre. Las tierras que teníamos en la *bokza*, la falda del monte, y en la *përlina*, la pedriza, no daban para mantenernos. Tampoco las raciones que en ocasiones repartía el Estado en la aldea. Durante años padre se desplazaba a la comarca de Has a estañar cacharros y traía de allí grano y otros alimentos, pero hacía ya dos años que ni él ni sus

convecinos hacían aquel trayecto. «Más vale morir de hambre que de piojos», decía madre.

Tres años antes uno de los estañadores pilló el tifus de los piojos y su casa quedó precintada con tablones de madera durante varias semanas. Y a nosotros nos entró el pavor. ¿Y si lo cogía padre? De día pasaba ante la casa con los listones clavados para ver si la familia seguía allí dentro, si se había muerto alguno de ellos o si ya habían arrancado los tablones de las ventanas y las puertas, y de noche soñaba con piojos, lo que me hacía despertarme aterrorizado. El peor de los sueños, quizá por eso lo recuerdo todavía, fue aquel en el que llevaba las ovejas a pastar a las brañas y allí se transformaban en piojos negros, grandes como las propias ovejas, que arrasaban por completo el pastizal.

«Come, come», insistía Mursel, que creía que me daba vergüenza comer en casa ajena, mientras a mí se me aparecían sobre al ataífor las ovejas negras. Pero lo olvidé al instante y se me hizo la boca agua al olor del maíz y de la col. Aunque sin expresarlo, pero de corazón, le di las gracias al bueno de Mursel, a aquella hermosa nuera que puso la mesa y trajo la bandeja de las tortas, que seguramente ella misma había preparado, y a padre que me mandó a esta pequeña aldea a llenar la tripa y a caldear el estómago encogido por el hambre que había caído sobre nuestra casa. Cuando nos hartamos tanto Mursel como yo, en la bandeja aún quedaban unas tortas. ¿Y si las cogiera y

se las llevara a madre? «Ahora ya te puedes ir», me dijo Mursel. Bajé la escalera de madera y vi a nuestra mula cargada, pero no con medio saco de grano sino con dos canastas de varas de avellano trenzadas y repletas de maíz sin desgranar. ¡El bueno de Mursel! Padre me había enviado a por grano y él me entretuvo charlando hasta que estuvieron listas las tortas. No bajó, pero me despidió desde el mirador de las escaleras de la primera planta y me gritó: «¡No le tengas miedo a los conejos!».

Trataba de armarme de valor, pero mi valentía se volatilizaba al recordar toda suerte de sucesos ocurridos a aquellos que erraban en invierno en busca de alimentos para los suyos: unas veces los hacía pedazos el lobo, otras les salía al paso el bandolero y el ladrón y los mataban, les pillaba la tormenta y los encontraban congelados a los siete días o, en el caso de que se librasen de los peligros, cuando llegaban a casa encontraban a los hijos muertos de hambre, porque habían tardado demasiado en regresar. En nuestra aldea había una mujer que cuando encontró a sus dos hijos muertos, comenzó a llevarles a diario la comida a la tumba, plañía, lanzaba alaridos y después balbuceaba: «¡Comed, almas mías, comed que se os enfría la comida!».

Cuando iba hacia el molino hube de pasar una vez más de refilón junto a la osa muerta. «Puede que cuando venga no la vuelva a ver más —pensé—, puede que para entonces se la hayan llevado». «Se acabaron los piojos, matamos a la osa y los eliminamos con ella», había dicho Salko, un paisano del Barrio de Abajo y el único pelirrojo de nuestra aldea. Después contó que la organización había decidido extraerle las mantecas a la osa y hacer jabón para proteger a la aldea de la eterna amenaza de los piojos. En realidad no eran demasiadas las familias que habían sufrido de piojos, pero suficientes como para asustar a todas las demás. A un niño de la escuela le quitaron el gorro de fieltro blanco y le contaron once cucarachas negras, que se pavoneaban con absoluta impudicia, como los esbirros de antaño.

Cuando pasé junto a la osa tampoco sentí su putrefacto olor, quizá porque uno de los sacos que cargaba la mula contenía granos tostados de avena que despedían una intensa fragancia. La avena la usábamos como forraje para el ganado y para cazar la perdiz, engañándola con su olor. Era la primera vez que la íbamos a utilizar para hacer pan, mezclándola con el maíz de Mursel. Solo así era posible que pudiéramos aguantar hasta que madurara la cebada en Vllahinica, el cebadal que la abuela nos había donado hacía tres años, cuando

le cayó la desgracia del tifus de los piojos a la familia del estañador.

«Relincharéis todos», me dijo el molinero mientras descargaba nuestro grano. Lo miré de reojo. Todos sabían que apenas hablaba. El molino estaba abajo, en el río, y el molinero, entre la ensordecedora batahola del molino y la sempiterna falta de tiempo para mezclarse con los humanos, parecía haber perdido el habla. La madre que lo trajo al mundo lo había provisto de un par de labios que siempre mantenía medio abiertos, de modo que parecía estar hablando sin pronunciar palabra. No pocas veces, cuando estaba con alguien, le preguntaban: «¿Has dicho algo?» y él se alzaba de hombros: «No, no dije nada». Y mira tú por dónde ahora había aprendido a hablar y me decía: «Relincharéis todos». «Se me partirá la muela del molino con la avena, pero qué se le va a hacer», dijo al descargar la avena en la tolva. «Cuando falta el pan, ¿quién se va a preocupar de la muela?». En toda mi vida jamás le había oído pronunciar tantas palabras.

Cuando estábamos cargando la harina, vino a moler un hombre de la Demarcación. «Se ha helado el canal de nuestro molino —dijo—, por eso he venido al vuestro». «Descarga», le dijo el molinero. Mientras nosotros cargábamos y él descargaba, añadió algo que no comprendí y que tampoco me atreví a preguntarle.

—¿Te has enterado? —se dirigió al molinero con su voz de patán—. Está a punto de llegar la

acción¹ para llevarse a las mozas de tu aldea.

El molinero arreó la mula y me dio la vara a mí: «¡Que os aproveche, ojalá!».

«¿Qué ha de aprovecharnos, la harina de avena o esa acción que vendrá a nuestra aldea a llevarse a las muchachas?». Cuando la mula atravesó el puente de madera sobre el río, yo aún no me había movido del sitio. «¿Qué esperas? —me urgió el molinero—, ¡date prisa, los tuyos no tienen qué comer!». Me habría gustado preguntarle qué era eso de la «acción» que se llevaría a las mozas, pero por alguna extraña razón se me había secado la boca, se me habían pegado los labios y me sentía como un pinzón muerto de frío.

4

En la pendiente hacia la aldea, la mula marcaba el camino cuesta arriba y yo le iba a la zaga. Cuando le di caza, atolondrado y con la cabeza como un bombo, agarré a la mula del rabo para que me arrastrara por su propia senda. «Así que está a punto de llegar la acción para llevarse a las mozas», rumiaba para mis adentros. «Pero ¿qué será eso de la acción?». Jamás había oído aquella pa-

¹ *Aksion-i*: acción, campaña, movilización supuestamente voluntaria de efectivos (jóvenes, trabajadores, intelectuales, etc.) para realizar obras públicas o diversos trabajos de interés regional, estatal o gubernamental [N. de la T.].

labra. «¿Será algún hombre que vendrá a casarse? ¿Será acaso un furioso vendaval que solo arrebatará a nuestras mozas, o alguna enfermedad como el tifus de los piojos, que les entrará solo a ellas y no alcanzará a las demás aldeas?». La mula subía despacio la empinada pendiente y yo ardía de impaciencia por llegar a la aldea para preguntar por la acción que se llevaría a nuestras muchachas. Mas ¿a quién preguntarle, al Maestro? Había terminado los cuatro primeros cursos y hacía casi dos años que iba de acá para allá como un solitario desertor, cuando con las ovejas pintas, cuando con las cornudas, a veces con el burro, otras yendo a por agua o a por leña, en ocasiones a por broza y otras a por astillas, a la espera de que se abriera la escuela de siete grados en nuestra aldea. «Y encima la acción ha llegado antes que la escuela», pensaba. Y solo para las chicas. Pero no quería causarle problemas al Maestro, pues cuantas veces le había preguntado por palabras que nunca había oído ni en casa ni en la calle, le había complicado su solitaria existencia.

Tampoco sabía al principio lo que quería decir la palabra «organización²». Me parecía que tenía que ver con un sótano, en el que unos hombres gritaban sin escuchar a los demás. Después me dijeron que era un lugar donde se reunían unos que se llamaban comunistas, pero que nadie sabía qué

² La organización del partido comunista o Partido del Trabajo de Albania (PTA), así denominado desde su primer congreso de 1948 [N. de la T.].

hacían y por qué gritaban: «Así lo ha dicho la organización», «eso ha decidido la organización», «la organización te requisas el pan», «la organización te casa si le da la gana...». Un día pregunté que era la angaria, pero nadie me lo explicó, solo me dijeron: «Ya lo sabrás cuando la tengas sobre la chepa». Pero aún me fue peor cuando pregunté qué era el comunismo. Y se lo pregunté al hombre con la más alta graduación militar, y a quien le habían compuesto una canción que solo se cantaba en las bodas y cuando no rondaba por allí nadie de la organización...

*Oh Kurtish, cabo chusquero,
como la yedra rastrero.
¡Santa nodriza ese partido,
que hasta a la mierda ha ascendido!*

Mas un día la escucharon unos que no pertenecían a la organización, pero que le fueron con el cuento. Sin pasar ni un mes, el padre de la muchacha que cantó la canción fue declarado *kulak*³. Y aquel mismo día hicieron *kulak* a otro paisano del Barrio de Abajo. Lo llamaron a la organización y le preguntaron dónde había tirado el abono químico que el Estado había importado de la Unión Soviética. «Lo tiré al matorral, ¿acaso vale para nuestras tierras?». «Y te measte encima», le dijo

³ *Kulak*: campesino acomodado y propietario de tierras, que empleaba y explotaba braceros [N. de la T.].

otro de la organización. «Me entraron ganas y lo hice en la maleza». «Te has meado en Stalin», gritó con voz aflautada el único pelirrojo de nuestra aldea. «Puesto que has meado sobre el abono que nos envió el padrecito Stalin, eso significa que también has meado sobre él», le dijo el pelirrojo. «¿Y quién ha dicho eso?». «Te lo digo yo». «¿Y tú quién eres que tienes la vara de medir tierra y cielo?». «¿No lo sabes, aún no lo sabes?», le amenazó el otro. «Yo dirijo la organización y soy el Stalin de la aldea...». Desde aquel día ambos quedaron desposeídos de sus nombres: a uno lo llamaban el *kulak* que meó a Stalin, y al otro el Stalin de la aldea, o bien por su diminutivo, Salko.

Y cuando le pregunté al cabo primero Kurtish qué era el comunismo, ni se me pasó por la imaginación que también yo sería llamado a la organización siendo todavía tan pequeño. El cabo vaciló un instante, rumió un momento la respuesta, como si quisiera hacerme ver que no encontraba las palabras justas para explicármelo, y a continuación me agarró de la camisa y me dijo: «¿Ves esta camisa? Tú la tienes y yo no, la dividimos por la mitad y estaremos iguales. O tu madre tiene un manto que se pone encima en invierno para ir caliente... pero mi madre no lo tiene, lo dividimos y la mitad se la damos a mi madre. ¡Igualdad! El comunismo no permite que tu madre tenga un manto y mi madre no. ¿Comprendes?».

—Comprendo —le dije—, pero así nos quedaremos los dos en cueros, porque con media ca-

misa o un manto a la mitad no se pueden vestir.

—¿Quién te enseña a ti esas pullas? ¿El Maestro de Shkodra que nos han mandado aquí para que le trastorne la cabeza a la gente?

La tenían tomada con él desde que salió en defensa del que meó sobre el abono químico de Stalin. «No lo condenéis, que lo hizo sin mala intención», les dijo. Y aún le fue peor con lo de mi comunismo... Si lo denunció a la organización el cabo Kurtish o algún otro, nunca llegué a saberlo, pero el caso fue que lo llamaron a su sótano. Solo aquel día comprendí por qué la gente pronunciaba con desconcierto o con miedo las palabras: «Me llamaron de la organización», «lo decidieron en la organización», «la organización repartirá el cereal», «le condenaron en la organización». En realidad a mí no me llamaron, llamaron a mi padre. Llegó hecho un basilisco, me agarró de los sobacos y me tiró escaleras abajo. Y antes de que pudiera levantarme, me atrapó, como se atrapan los corderos con el cayado, y me propinó bofetadas y puntapiés. A empujones, a golpes y a la carrera me condujo al sótano de la casa de un huído que utilizaba la organización. De camino oía una y otra vez preguntar a alguien qué era lo que pasaba, y la respuesta: «¡Hamza lleva a su hijo a la organización!». En el Viejo Sauce, Hebil Çoban⁴ le gritó a padre alzando su tallado bastón: «¡Qué haces, ay hombre sin hombría, no se le pega al niño por las

⁴ Çoban-i: pastor [N. de la T.].

callejas de la aldea!». «Cuando te llamen también a ti a la organización, ya veremos lo que haces», respondió padre. Y con las referidas palabras me gané otro bofetón que me hizo saborear el salado gusto de la sangre que se deslizó desde mi nariz hasta la boca. En ese momento nos salió Majka⁵ al paso, alzó las manos al cielo y gritó: *Shtoje ova-ja nebidnica, more Hamzo, a se pokërvavuje vake sabijence sajbijino?! Stram! Stram! Stram!*, es decir: «¿Cómo puede ser esto, Hamza de mi alma, ensangrentar así al cordero de Dios? ¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza!».

A padre se le paralizaron las manos con tales palabras y hasta alcanzar la puerta del sótano no me zurró más. Me empujó adentro y solo reconocí las greñas pelirrojas de Salko, a los demás no los reconocí aunque fueran todos de mi aldea. No sé si de lo oscuro que estaba el sótano o del zumbido de los oídos (en aquel instante pensé, además, que me había quedado ciego), pero tenía tanto miedo que mis rótulas entrechocaban como el triquitraque del molino. Es casi seguro que se me habría escapado la orina de no haber intervenido el Maestro.

—Pero ¿qué hacéis? ¡Dejad al niño tranquilo!

—Eres tú quien lo ha trastornado —dijo padre. —¿Quién le ha enseñado a hacer esas preguntas con segundas? —preguntó Salko.

⁵ Majka significa ‘abuela’ [N. de la T.].

—Yo le he enseñado.

—Tendremos que juzgarte a ti...

—Hacedlo, pero dejad que el niño se vaya...

Me echaron fuera y nunca nadie me contó lo que pasó en aquella organización al salir yo. Solo sé que comenzaron a mirarlo con recelo y que yo trataba de preguntarle lo menos posible.

Sin embargo, no había nadie más que el Maestro a quien pudiera preguntar por la acción a punto de llegar. A mi hermano mayor ni se me ocurría, pues tras el episodio del comunismo me amenazó con el dedo diciéndome: «Pórtate bien, mequetrefe, por tu culpa y esas preguntas tuyas no me admiten en la organización». A decir verdad, a mí me pareció bien, porque no quería que mi hermano se metiera en aquel sótano a oscuras.

5

Con todo aquel revoltijo en la sesera, ni siquiera me di cuenta de que había penetrado en la aldea con el atardecer, agarrado como seguía a la cola de la mula y al rabo de aquellas palabras cuyo significado ignoraba. Y aquella última palabra quién sabe lo largo que tendría el rabo, puesto que iba a presentarse únicamente en nuestra aldea para llevarse a nuestras mozas vete a saber adónde.

A la primera de las puertas del barrio habían salido las mozas a cantar. Salían a diario al